

VIVENCIA INFANTIL DEL CLIMA DE VIOLENCIA Y REPRESIÓN BAJO DICTADURA

Salomón Magendzo, Manuel Rubio M.

SALOMÓN MAGENDZO
DIRECTOR DEL DEPARTAMENTO DE PSICOLOGÍA,
UNIVERSIDAD ACADEMIA DEL HUMANISMO CRISTIANO (UAHC).
(E-MAIL: smag@mailnet.rdc.cl)

MANUEL RUBIO M.
LICENCIADO EN EDUCACIÓN Y MAGISTER EN EDUCACIÓN.
INVESTIGADOR DEL PROGRAMA INTERDISCIPLINARIO DE
INVESTIGACIONES EN EDUCACIÓN, PIIIE.

RESUMEN

Esta investigación parte del supuesto de que el régimen dictatorial chileno no sólo afectó a los niños y niñas cuyos familiares fueron directamente detenidos, torturados y/o desaparecidos, sino también a aquellos que sólo tuvieron que vivir el clima de represión masiva, especialmente en los barrios de bajos recursos.

La mayor parte de los jóvenes entrevistados recordaron espontáneamente el clima caracterizado por protestas de la población y represión intensa durante el período 1983-1986. Las entrevistas fueron analizadas a través de un método inductivo, sin categorías preestablecidas. Partiendo del relato de los propios jóvenes sobre su infancia, se identificaron los siguientes ejes que permitieron ordenar la información: la descripción del clima de violencia y represión; el fenómeno de la vivencia emocional de dicho clima como niños y niñas; las reacciones familiares frente al referido clima; la visión de la infancia, la familia y la población que los entrevistados perciben que tuvieron como niños y niñas; las consecuencias del haber vivido en un clima de violencia y represión a nivel personal y social; y la relación de los jóvenes con sus recuerdos, así como la visión actual que tienen de su población.

El artículo da cuenta de lo encontrado en los ejes mencionados para luego extenderse a una discusión acerca de los resultados.

PALABRAS CLAVES: Violencia, represión, régimen dictatorial

ABSTRACT

This research starts from presupposing that Chilean dictatorial regimen does not only affect boys and girls whose relatives were directly arrested, tortured and/or disappeared, but also those who not had to live the massive repression climate, specially in marginal neighborhood.

Most interviewed young people spontaneously remembered the climate characterized by protests of population and intensive repression between 1983 and 1986. The interviews were analyzed by using an inductive method without pre-established categories. Starting from youngsters' narration about their childhood, the following main points permitting to organize the information were identified: description of violence and repression climate; the phenomenon of such climate emotional personal experience as boys and girls; family reactions to that climate; the view about childhood, family and population that interviewee thought they had as boys and girls; the consequences of having lived in a violence and repression climate to both levels social and personal; and the relationship of youngsters and their memory as well as their present view of their population.

This paper gives account of the findings in the above-mentioned points; and thereafter, it extends on a discussion about these findings.

KEY WORDS: Violence, repression, dictatorial regimen

INTRODUCCIÓN

Este trabajo de investigación da cuenta de los hallazgos de orden cualitativo que se obtuvieron al realizar un estudio con jóvenes de sectores populares. Este versaba sobre sus recuerdos infantiles vinculados con el clima de represión y violencia que caracterizó a Chile durante la década de los ochenta y los efectos de éstos en ellos como jóvenes en el continuo constricción-expansión y en la vivencia emocional del miedo.

Los resultados cuantitativos mostraron que como niños y niñas, durante los momentos de protesta y represión, el 37.2% experimentó dicho clima con sensación de amenaza intensa, prolongada y disruptiva, con sensación de manera reactiva y momentánea. Sin embargo, como jóvenes, el 78% de ellos se reconocieron como expansivos; en lo que respecta a la vivencia del miedo, una mayor parte se caracterizó como nada o poco miedosa (el 67%)¹.

Analizando la historia reciente de Chile constatamos que durante las décadas de los setenta y ochenta el país sufrió embates dramáticos. Sin lugar a dudas, el más trágico es el haber vivido un régimen que utilizó la tortura, la represión y la muerte en forma sistemática. De hecho, el régimen militar (1973-1990) durante años fue condenado por la ONU por violar los derechos humanos.

La percepción y vivencia de los eventos de represión masiva y de protesta antigubernamental, cuyo mayor nivel de radicalidad se produjo entre los años 82 y 87, afectaron de manera diferente a los distintos estratos de la sociedad chilena.

El régimen se encargó de crear en la población, y en especial en los sectores populares, una reacción bio-psico-ideológica primaria de terror, de pánico. Se alteró la realidad, que fue mayormente estigmatizada; los sectores populares fueron transformados en malignos, violentos y perversos. Su práctica diaria, su sistema de valores, su ideología, su modo de concebir el mundo, adquirido a lo largo de su vida, se transformó súbitamente en algo que debía desaparecer (Codepu, 1989; Becker y Weistein, 1986-1987; Lira, 1993).

¹ Detalles sobre estos hallazgos serán publicados próximamente en la revista *Psyke* de la Universidad Católica de Chile.

Sin embargo, frente a una represión tan brutal, los sectores populares supieron reaccionar a través de continuas protestas, las cuales surgieron en forma organizada o espontánea.

Surge entonces el interrogante: *¿Cómo habrán vivido los niños y niñas el clima de violencia y represión que masivamente afectó a los sectores populares durante el denominado ciclo de las protestas (1983-1987)?*

Suponemos que el clima de violencia y represión, por su incontrolabilidad, movilizó una serie de emociones cuya intensidad y permanencia deben haber contribuido a la configuración de organizaciones mentales específicas. De hecho, se ha constatado que situaciones de amenaza intensa, vividas como una fuerte dosis de terror, quedan instaladas en el circuito emocional, por lo cual situaciones que recuerden esos hechos pasan a ser gatilladores muy sensibles, listos para sonar y dar la alarma al menor signo de que un momento aterrador va a suceder nuevamente (Goleman, 1995).

La vivencia del referido clima significó un quiebre en torno a la visión cultural que se tiene de la infancia y de las tareas que corresponden a ésta. En general, se piensa que la infancia debe ser un período de juego y aprendizaje, en el cual los niños y niñas despliegan sus potencialidades, incorporan normas sociales y ejercitan competencias básicas sobre las cuales se construirán aquellas necesarias para su vida como adultos. Si bien pudiera reconocerse que es posible que existan situaciones estresantes para los niños y niñas, no existe la expectativa de que éstos vivan hechos arrolladores como la violencia y la represión.

Existe evidencia en torno a que la exposición a crisis sociales y políticas crea potencialmente amenazas peligrosas al desarrollo infantil, cuyo impacto puede emerger en etapas posteriores de la vida, ya que se daría un «efecto de adormecimiento», básicamente como problemas de adaptación. Niños y niñas expuestos a extrema violencia pueden mostrar alteraciones inmediatas y/o años después que la experiencia ha pasado (ILAS, 1994; Goleman, 1986; Rosenblatt, 1983, Alamo, 1995; Lira, Weistein y Salomovisch, 1985-1986; Becker y Weistein, 1985-1986).

Ahora bien, los estudios que se han desarrollado en el país, que analizan la vivencia y las consecuencias del clima de violencia y represión, se han centrado en niños y niñas que sufrieron situaciones directas de represión selectiva (tortura, encarcelamiento, asesinato o desaparición

de sus familiares). Empero, nada se sabe acerca de la vivencia y consecuencias que significó para los niños y niñas el padecer la represión masiva implementada por el régimen en contra de los sectores populares. Entendemos la «vivencia» como un conjunto de reacciones emocionales, cognitivas y comportamentales con que se vive una experiencia determinada.

Sin lugar a dudas, a lo largo de la trayectoria biográfica de un individuo o de un grupo social pueden operar una serie de modos de reinterpretación de los hechos negativos. Al respecto, los hallazgos cuantitativos nos permitieron constatar que el 66% de los entrevistados que vivió como niño o niña, con distintos grados de sensación de amenaza, el referido clima, rescata algún elemento positivo de dicha experiencia, sin desconocer que fue un período difícil. En otras palabras, los jóvenes que formaron parte de nuestro estudio habrían contado con la posibilidad de reinterpretar, desde una perspectiva valórica, las situaciones experimentadas en su niñez; de tal modo que han configurado una visión de sí mismos como fundamentalmente expansiva, es decir, se perciben como satisfechos, seguros, con desafíos, entusiastas, amados, tranquilos, flexibles, y sociales.

Cabe indicar que se ha sostenido que los efectos del clima de violencia y represión se han inscrito y perdurado en las relaciones sociales que caracterizan a la sociedad chilena, producto de que ha sido justificada en valores y principios esenciales, y se ha ejecutado con instituciones que regulan la vida ciudadana (ILAS, 1996; Becker y Lira, 1989).

Dado lo anterior, investigar sobre la vivencia infantil respecto del clima de violencia y represión bajo dictadura y sus eventuales efectos es relevante, en función del proyecto democrático de sociedad que queremos construir. La memoria deviene en un deber frente a hechos traumáticos, con el propósito de preservar las identidades y despertar la conciencia política. La memoria tiene un potencial ético (Jodelet, 1993, citada por Torcornal y Vergara, 1998).

En síntesis, este artículo da cuenta, desde la perspectiva cualitativa, de los contenidos entregados por los jóvenes acerca de sus vivencias infantiles respecto al clima de represión y violencia y de sus efectos posteriores.

METODOLOGÍA

Los sujetos de la investigación fueron 78 jóvenes (42 mujeres y 38 hombres) de entre 19 y 24 años, que durante los años 83 y 87 tenían entre 5-10 y 9-14 años. Se intencionó el máximo de heterogeneidad en la muestra (considerando variables tales como ocupación, estado civil, escolaridad, tipo de población según la intensidad y masividad de la represión sufrida), y se excluyó a todo aquel que tuviera algún miembro de su núcleo familiar afectado por encarcelamiento, tortura o desaparición.

De estos jóvenes, 74 (el 95%) recordaron situaciones vinculadas al clima de violencia y represión. A su vez, 53 (el 68%), que lo vivieron con sensación de amenaza, presentan diversos grados de intensidad. Los resultados que se presentan más adelante corresponden a una relación conceptual de la vivencia infantil de estos 53 jóvenes.

El procedimiento de recolección de información se hizo mediante entrevistas en profundidad, semiestructuradas, que fueron aplicadas individualmente a los jóvenes que conformaban la muestra.

Las entrevistas fueron procesadas cualitativamente mediante la aplicación de un método inductivo orientado a construir una relación conceptual y sintética de la información, que debía mantenerse lo más apegada posible a los datos. Para ello, la estrategia utilizada consistió en un proceso de lectura y relectura abierto y general, cuyo propósito fue lograr una familiarización con la información recogida, es decir, una aproximación exploratoria, sin categorías predeterminadas que pudieran llevar a establecer juicios y observar elementos predefinidos. Solamente partiendo de ese primer nivel de lectura abierto, fue posible la codificación que condujera a un nuevo proceso de categorización, que permitió identificar ejes conceptuales y sus modos de articulación. Las categorías definidas y a partir de las cuales se ordenó la información obtenida fueron:

- 1 La descripción que como niños y niñas hicieron los entrevistados acerca del clima de violencia y represión.
- 2 El fenómeno de la violencia emocional de dicho clima por parte de los niños y niñas.
- 3 Las reacciones familiares frente al clima.
- 4 La visión de la infancia, de la familia y de la población que los

entrevistados perciben que tuvieron como niños y niñas.

5 Las consecuencias del haber vivido en un clima de violencia y represión a nivel personal y social.

6 La relación de los jóvenes con sus recuerdos del clima de violencia y represión, así como la visión actual que tienen de su población.

Como variables contextuales que inciden específicamente como condicionantes de la vivencia emocional del clima de violencia y represión, se establecieron los siguientes ejes conceptuales, que se incorporan en el análisis:

A) GRADO DE ESTRUCTURACIÓN DE LAS FAMILIAS

- **FAMILIAS ESTRUCTURADAS:** Los entrevistados las perciben como un núcleo afectivo que se caracteriza por un buen nivel de interacción, en el cual la imagen tanto del padre como de la madre, en el caso en que ambos se encuentren presentes, tiende a ser positiva, por lo cual el niño o la niña se siente a gusto en su familia.

- **FAMILIAS CON BAJO NIVEL DE ESTRUCTURACIÓN:** Los entrevistados las perciben como un núcleo afectivo que se caracteriza por tener problemas de interacción importante, en el cual existe una valoración divergente de la madre y del padre, o la ausencia de uno de éstos. El niño o la niña siente momentos de abandono.

B) PARTICIPACIÓN POLÍTICA Y/O SOCIAL DE LOS ADULTOS

- La familia o miembros de la familia tienen un alto nivel de compromiso político y/o social.

- La familia tiene un compromiso político y/o social muy bajo o nulo, es decir, puede que tenga participación en la dinámica poblacional y puede ser opositora al régimen, pero su compromiso es más difuso o, por el contrario, la familia tiende a no participar de la dinámica comunitaria, teniendo, en algunos casos, una visión negativa de la comunidad.

Para tener una referencia de la distribución de los entrevistados según los dos ejes referidos, lo cual contribuirá una mejor apreciación de los resultados expuestos, se construyó el siguiente cuadro:

CONTEXTO FAMILIAR DE LOS ENTREVISTADOS EN LA INFANCIA	COMPROMISO POLÍTICO Y/O SOCIAL ALTO	COMPROMISO POLÍTICO Y/O SOCIAL BAJO O NULO
ESTRUCTURADAS	7	21
CON BAJA ESTRUCTURACIÓN	8	17

A continuación se exponen los resultados, y se utilizan los ejes conceptuales nombrados sólo en el caso que introduzcan una diferencia en el discurso de los entrevistados. En su defecto, los resultados se aplican a la muestra en general.

RESULTADOS

1. DESCRIPCIÓN DEL CLIMA

Al describir el clima, los entrevistados lo refieren tanto a las protestas como a la represión. En lo que respecta a las primeras, en un marco social caracterizado por fuertes carencias económicas y falta de libertad, recordaron que siendo niños y niñas vida cotidiana de la población. En su discurso las protestas se visualizan por una serie de situaciones de quiebre, más o menos regulares y de larga duración, a las cuales la población gradualmente se iba acostumbrando, y pasaban a constituir un hecho relativamente habitual.

Al caracterizar las protestas, los entrevistados hicieron alusión a tres aspectos. Primero se refieren al grado de organización. Los entrevistados, como niños y niñas, visualizaban las protestas como una actividad masiva, pero la percepción de su grado de organización varía entre ellos. Aquellos cuyas familias tenían un compromiso de participación política y/o social, les asignaban altos niveles de organización, mientras que los otros tendían a verlas como acciones relativamente espontáneas y ocasionales.

Segundo, los entrevistados observaron que las protestas tenían una secuencia. Cada protesta seguía una trayectoria en la cual iban cambiando los modos de expresión y su nivel de masividad. En general, los niños y niñas visualizaban que comenzaba como una festividad esperanzadora, una suerte de carnaval en la cual se entrecruzaban el fuego y el canto; allí los vecinos tocaban ollas, marchaban y construían barricadas. A medida que pasaban las horas, y fundamentalmente como

respuesta a la represión, la protesta implicaba enfrentamiento, por lo cual asumía una connotación de riesgo, en la cual algunos vecinos gritaban, apedreaban, provocaban apagones y destrozos.

En tercer término, los entrevistados caracterizaban las protestas desde una perspectiva valórica, es decir, el rango de valoración de las protestas iba desde una visión positiva a una ambivalente. Los niños y niñas cuyas familias tenían un compromiso político y/o social alto, las valoraban como una lucha justa en contra de un régimen que oprimía. Aquellos cuyas familias no tenían dicho compromiso, mayormente las valoraban como un acto de desahogo frente a la situación de carencia y opresión que percibían, el cual permitía que se expresara un espíritu de unidad poblacional, pero, al mismo tiempo, algunos de ellos las percibían como una situación de división, desborde, desorden y violencia, eventualmente descalificada por algunos miembros de la familia.

Indudablemente, dicha valoración influía en el propósito que ellos le asignaban a la protesta. Los niños y niñas con padres comprometidos política y/o socialmente veían un propósito claro de lograr un cambio social mediante la lucha unitaria y justa. Para los otros niños y niñas, el propósito no aparecía totalmente claro, aunque algunos de ellos lo vinculaban con el desahogo frente a situaciones críticas que debían ser transformadas.

En relación con la experiencia de la represión en la infancia, el relato de los entrevistados permite ordenarla desde los siguientes parámetros: causalidad, rigurosidad y propósito.

Primero, desde la dimensión «causalidad», la represión fue caracterizada más bien como una acción externa que aparecía de modo sorpresivo, especialmente en los momentos en que la protesta alcanzaba mayores niveles de masividad.

Una segunda dimensión tiene que ver con la «rigurosidad» con que se visualizaba la represión. En algunos momentos, dicha acción se percibía como extremadamente dura, una agresión intensa y permanente que no dejaba lugar a respiro. Para otros, asume una expresión menos tangible, como una suerte de clima de prohibiciones y peligros relativamente difuso, presto a activarse como respuesta a la protesta poblacional.

En los momentos de mayor dureza, los entrevistados recuerdan balaceras, allanamientos, uso de tanquetas, bombas lacrimógenas, ocupación militar, muertes, arrestos y maltrato.

Allí en la esquina estaba repleto de gente y había un camión que estaba haciendo una obra de teatro y llegaron los pacos de Peñalolén. Y llegaron los pacos con tanquetas, o sea, era una tanqueta y varios guanacos, eso..., tirando lacrimógenas y quedó la cagada. Todos metiéndose a los edificios y yo arrancando y mi hermano se queda atrás. Yo pesqué a mi hermano y mi mamá me pescó a mí. No sé cómo corría con nosotros en brazos... Otra vez que estaba jugando a la pelota y cayó una lacrimógena donde estábamos nosotros... y bueno de allí, las balas. Me acuerdo las balas también cuando..., vienen siendo las balaceras y todos tirados en el suelo (E 24).

Acá en el dibujo es una cosa que me quedó como muy marcada. Resulta que estaba.... estaba en el jardín infantil y, por lo que yo recuerdo, estaba en la sala y de repente me empezó como a picar los ojos, la nariz. Ahí de repente llegan las tías y nos agarran a todos, lacrimógenas... y me acuerdo que voy pa... nos llevan a una sala, mientras los papás vienen a buscarnos; y recuerdo que yo estaba, todos llorando, todos gua... gua... y claro, asustados, que sentía pa...pa... balas, piedras y balazos (E 78).

Tenía miedo que pudieran entrar a la casa, porque en ese tiempo entraban. Ellos venían y los milicos entraban, y entraban no más. Incluso me acuerdo que una vez llevaron a todos los hombres, los llevaron pa'l parque Brasil. Entonces me acuerdo que se llevaron a mi papá. Se llevaron a todos. De todas las casas tuvieron que irse todos, todos. Por eso nosotros pensábamos... yo, por lo que me habían dicho del año 74, yo pensaba que iba a pasar algo igual... que iban a empezar a matar gente (E 6).

Si bien para muchos de los entrevistados las acciones represivas pasaron a constituir algo relativamente cotidiano, que generaba un clima de restricción y censura, los eventos represivos más intensos fueron sorprendidos y se produjeron de noche.

En general, la represión aparece calificada de modo negativo,

aunque existen algunos entrevistados que como niños y niñas la visualizaban de manera ambivalente. De todos modos, existe consenso en que ésta era ocasionalmente peligrosa y que afectaba a la familia, ya sea directa o indirectamente. Además, en algunos casos se la tipifica como una respuesta exagerada, desproporcionada e innecesaria.

Respecto del «propósito» que se perseguía, aquellos niños y niñas cuyas familias tenían un mayor nivel de compromiso político y/o social la visualizaban como una forma de persecución y de desactivación social, que afectaba directamente a la familia. Otros niños y niñas simplemente la visualizaban como un clima de opresión respecto al cual no tenían mucha información ni claridad; en algunos de éstos se vivió dicho clima con mayor signo de confusión.

De todas formas, los entrevistados eran capaces de visualizar que dicho clima de restricciones causaba sufrimiento y tristeza y que, sin embargo, éste no era suficiente para generar un estado de ánimo colectivo mayor ni exclusivamente constrictivo.

Frente a la represión, los entrevistados recordaron que se articulaba una respuesta muchas veces agresiva por parte de la población, lo cual implicaba que quedaban vestigios que posteriormente configuraban un espacio relativamente desolado y opaco.

2. LA VIVENCIA EMOCIONAL DEL CLIMA DE VIOLENCIA Y REPRESIÓN

A algunos entrevistados les cuesta verbalizar las emociones que experimentaron como niños y niñas frente al clima de violencia y represión, especialmente a aquellos que perciben que en su infancia tuvieron pocas oportunidades para comunicarse fluidamente con sus familiares u otras personas.

Las emociones de los niños y niñas iban variando de acuerdo con el cambio que se registraba en el entorno.

Primero, para muchos aparecía una emoción de jolgorio, y para otros de curiosidad. En la medida que la población se encontraba en la fase festiva de la protesta, algunos niños y niñas tendían a participar del entretenimiento, y otros, cuyas familias tenían baja o nula inserción en la dinámica organizativa de la comunidad o que la valoraban negativamente, eran expectadores desde la seguridad del hogar. Entre los niños y niñas que se integraban a la protesta, aquellos que provenían

de familias con compromiso político y/o social logran altos niveles de identificación con quienes protestaban.

Para todos, tanto los que la integraban como los que no lo hacían, la protesta constituía una suerte de espectáculo frente al cual manifestaban una gran curiosidad. Los niños y niñas reían, se divertían, gozaban, eran parte de la euforia generalizada, aunque paralelamente algunos pudieran sentir un temor relativamente difuso.

Era como emocionante, no sé, el esperar, y es que como que todo estaba ya claro lo que iba a pasar; se iba a apagar la luz, había que buscar velas... uno iba a observar, había humo..., no sé..., y que llegaran los pacos... es como todo un suceso... una película (E 27).

¿Qué sentía yo? Miedo no, sino como un gusto al miedo. Cómo poder explicar... por ejemplo, cuando estábamos protestando uno cantaba en la protesta, y yo en la marcha no tenía miedo. En la masa tu personalidad se pierde, y sabes que me gustaba mucho y... era un goce casi sexual de estar ahí tirando piedras, gritando, gueviando, estar quemando forros... (E 41).

Después de esta etapa de curiosidad y/o jolgorio, cuando el clima comenzaba a cambiar, algunos de los niños y niñas que participaban en las acciones de protestas se integraban a algunas escaramuzas con las fuerzas represivas, vivenciando emociones de riesgo y goce. De todos modos, aprendieron a ser cautos y a no alejarse mucho del hogar, mostrándose precavidos, pero a medida que la amenaza se instensificaba, la tendencia era a encerrarse en el hogar.

Gradualmente, sus emociones comenzaban a variar estando en silencio; observaban lo que estaba pasando, aunque con importantes grados de tensión y miedo. En ellos existía preocupación, su percepción se agudizaba, estaban alerta a lo que pudiera estar ocurriendo. Existía un entendimiento implícito de lo que estaba comenzando a suceder.

Finalmente, la emoción que predominaba era el miedo. El sentimiento de miedo tendía a agudizarse a medida que se intensificaba la sensación de amenaza. Paralelamente, se percibían emociones de tensión, incertidumbre, preocupación, angustia, desesperación, dolor, impotencia, enojo y rabia.

Al extremarse la situación se intensificaba aún más el miedo y aumentaba la sensación de amenaza, y llegaba a alcanzar ribetes de pánico. Con ello también aumentaban los niveles de angustia, la impotencia y, ocasionalmente, la desesperación frente a una situación que ni ellos ni los adultos cercanos podían controlar. Su atención se concentraba en lo que estaban percibiendo; eventualmente manifestaban alguna fantasía catastrófica imaginando situaciones de mayor peligro. Inmóviles en un lugar seguro, en compañía de adultos, sentían una mezcla de susto y rabia, y ocasionalmente rompían en llanto, lo que creaba, especialmente en aquellas familias más estructuradas, las condiciones para verbalizar sus temores e interrogantes sobre lo que estaba sucediendo.

Igual yo estaba en el sillón. Tu decís qué va a pasar. Estáis super pa' dentro. No me... no tiritaba ni nada, pero me quedaba pa' dentro. Entonces no lo tomaba tiritando ni nada, sino que sentía una forma confusa, y a la misma vez tenebrosa, que no sabís qué va a pasar y estáis así como chupao pa' dentro, así, esperando que alguien te diga «acuéstate...» Pero solamente te encerráis en un vacío donde solamente escucháis puras bombas y gritos (E 60).

Me dio rabia. Me acuerdo que me acerqué a uno, a un milico y le pegué una patada. Bueno, el milico no me hizo na', porque era super chico, pendejo, y no le dolió pa' na'. Me dolió más a mí... Y me acuerdo que ahí me acerqué a mi mamá que estaba en el suelo y me agaché al lado de ella. Me senté, hasta que la hicieron pararse. Me tomó de la mano y nos fuimos pa' la casa. Pero esa vez sí me asusté... y yo creo que... me senté al lado de ella como diciendo... eh... no pos, si le van a hacer algo a mi mamá, también me lo tienen que hacer a mí. Por eso, me senté bien cerca de ella y le tomé la mano... (E 64).

Algunos niños y niñas, momentáneamente, se subían en lugares que les permitían observar lo que sucedía y, eventualmente, ayudar a alguna persona cercana. Otros, caían simplemente e una suerte de ensimismamiento.

En general, estas emociones que sentían los niños y niñas fueron acompañadas por acciones que les daban una expresión más concreta.

Así, por ejemplo, el miedo se concretaba en meterse debajo de la cama, taparse, esconderse en el baño. Estas acciones, de algún modo, corporalizaban el miedo y lo hacían radicalmente presente.

Para muchos de los entrevistados, la represión en su infancia se tradujo en eventos fuertemente traumatizantes y desestabilizadores. La brutalidad, que era virtual en programas de televisión, se hacía real en sus vidas cotidianas.

Frente a todo lo que acontecía y sentían, los niños y niñas buscaban la cercanía con sus padres, por lo cual algunas situaciones que generalmente se caracterizan con un valor negativo, como el hacinamiento, en la vivencia de los niños y niñas pasaba a ser un factor de protección, pues el contacto físico aliviaba la sensación de soledad e indefensión.

Yo dormía con mi hermana me parece... tenía como 8 años. Sí dormía con mi hermana, mi hermana chica tenía como 6 años y nos acostábamos juntos. Mi mamá en la cama de al lado, porque era una pieza. Teníamos la misma pieza, mi mamá en la cama de al lado, así que no me sentía tan... tan solo... O sea, igual me daba miedo en realidad. Me daba miedo pensar que, de repente, pudiera caer una bomba dentro de la casa o que le pasara algo a mi viejo... Me acostaba... Es como cuando sois chico y le tenís miedo al cuco y despertáis en la noche y te tapáis hasta arriba. Creo que hacía lo mismo. Y le decía a mi mamá... «¿Mamá, me puedo acostar contigo?» O me acostaba bien apegadito a mi hermana, la abrazaba, porque el miedo... me daba miedo en realidad. Era niño y me daba miedo (E 24).

Me costaba quedarme dormido, porque igual donde nosotros vivíamos, por ejemplo, igual era cosa seria, igual balazos, tiroteos con los pacos..., pero al final, o sea, yo sabía que estaba durmiendo con mi mami y tenía a mi hermano al lado (E 24).

Por otro lado, los niños y niñas que tenían padres con un alto nivel de compromiso político y/o social y, generalmente, baja estructuración familiar, en algunos casos acompañaban a sus padres en acciones de oposición política vistas como para adulto (panfletos, rayados, etc.), incorporando una serie de medidas conspirativas. Algunos de éstos percibían que su edad era un factor limitante para constituirse en actores

de lo que ocurría, pues implicaba posponer un mayor y deseado protagonismo. De algún modo, estos niños y niñas vincularon el mayor compromiso con una mitigación del miedo. Éstos tendían a sentirse involucrados y a imitar a los adultos en condiciones que no son las habituales en la infancia.

En la casa como que se vivía en un ambiente como muy... cómo te explico, no era... era como muy... no sé, era como que andábamos todos asustados.

Y como que todo eso te lo transmitían. Por ejemplo, todos andaban que...

eh... ¡ya guéon esconde las revistas! Una vez quemaron todas las Apsi, ¿cachai? Todas, todas, todas. No quedó ni una sola. Sabían que andaban allanando y... se andaba escondiendo todo... todo quemando, ¿cachai?

Y ahí te ponían, te empezaban a hacer, a sentir miedo, ¿cachai? Como que tú... algo también teniais mal o... por ejemplo, yo una vez revisaba mis cosas. Yo veía que todos revisaban sus cosas y yo una vez revisaba.

Siempre me acuerdo. Y yo veía que todos tiraban algo pa' quemar, ¿cachai? Y mi mamá siempre se ríe, porque yo llevaba los cuadernos...

Y mi mamá me dice: «¡Katy! ¿Pá' dónde vais?» Y yo le digo: «No pos, si es pa'l fuego». Es que todos estaban quemando y hay que quemar, le decía a mi mamá. Pero era como que nadie te explicaba nada, nada.

Tæ estabais en todas, pero a la vez no sabías nada, ¿cachai? (E 56).

Con posterioridad a las protestas y la asonada represiva, la imaginación de los niños y niñas se mantenía activada recordando imágenes, repitiendo hechos o elaborando fantasías. La mayor parte de los entrevistados recordó que le quedaba una sensación de miedo, el cual se expresaba en temores de pérdida de familiares cercanos, pesadilla e insomnio. Había una suerte de angustia difusa que ocasionalmente los hacía estar alerta a lo que pudiera suceder y revivir una situación de inseguridad.

Aquellos niños y niñas que vivían situaciones más extremas de represión quedaban fuertemente conectados con la experiencia de amenaza vivida, de tal manera que el miedo se instalaba en sus vidas como algo permanente y prolongado, que los hacía estar muy sensibles y temerosos. Estos niños y niñas desarrollan con mayor intensidad temores de pérdida, fantasías catastróficas y de venganza, pesadillas e insomnio.

Los entrevistados que como niños y niñas tenían una visión positiva de las propuestas, especialmente aquellos que provenían de familias con compromiso político y/o social, sentían admiración por quienes luchaban y repetían imaginariamente los hechos en términos de expresar fantasías reparadoras, en las cuales ellos se convertían en héroes justicieros, que además les servía para ensayar pautas de respuestas.

Los niños y niñas participaban en el conocimiento de algunos relatos y anécdotas vinculados con el evento represivo. Sin embargo, aquellos niños y niñas que tenían familias con bajo nivel de estructuración tendían a carecer de espacios en el cual manifestar sus dudas y sentimientos al respecto, por lo cual la tensión y la angustia vivida que se prolongaba en ellos provocaba un impacto en la visión de sí mismo y del entorno. En algunos momentos, estos niños y niñas tendían a autodevaluarse, a sentirse inseguros, solos y tristes; en otros momentos se mostraban agresivos, desmotivados, nerviosos y sobresaltados. Constantemente se sentían preocupados por lo que pudiera ocurrir con sus familiares cercanos y/o sus vecinos. Rara vez verbalizaban lo que estaban sintiendo. Paralelamente, presentaban trastornos del sueño, les costaba quedarse dormidos, cavilaban y sufrían pesadillas.

Igual yo quedé con un shock, con un shock porque andaba con miedo. No hablaba, iba al colegio, no hacía tareas, me expulsaban, andaba en otra siempre. Nunca me... o sea fueron meses, no fue tanto, 4, 5 meses, una cosa así que tuve esa cuestión en la mente. Lo tenía aquí siempre. Miraba así pa' cualquier lado; miraba y veía que le estaban pegando; veía gente jugar, y a ellos los veía como los que les estaban pegando, como que estaban peleando. Fue un shock que me quedó. Después ya lo supe superar con ayuda de mi madre (E 61).

En el colegio, el miedo... Ponte tú, estaba sentada en el colegio, llegaba al colegio por pasar de repente... por fuera; tú te pasabais en la casa. Yo me ponía inquieta, prefería que me echaran pa' fuera, porque me arrancaba el colegio. Llegaba a mi casa. Era la cuestión de no estar en el colegio por el miedo... O de repente me ponía a pensar... violencia, típica la prepotencia que ellos utilizan todavía al entrar a una casa, los golpes, la tortura psicológica al ponerte la metralleta en la cara, cuestiones así (E 58).

Cabe indicar que algunos entrevistados manifestaron que gradualmente fueron sintiendo una especie de acostumbramiento a la situación, especialmente cuando la represión no llegaba a una intensidad muy alta.

En suma, podemos decir que algunos niños y niñas eran testigos de mucha agresión, especialmente de cómo ésta se materializaba en forma brutal en personas afectivamente cercanas. Los entrevistados enunciaron emociones de impotencia, rabia y pena. Como una forma de procesar dichas emociones aparece la fantasía de desquite frente al poder, que de alguna forma les significaba algún alivio.

Los niños y niñas aprendieron a manejarse en diferentes situaciones, aun cuando no tenían un claro entendimiento de lo que estaba aconteciendo, e incorporaron la esperanza de que lo que estaban viviendo en algún momento iba a terminar. Así también desplegaron la capacidad de normalizar lo anormal. Al cotidianizar la amenaza, al hacerla parte de lo habitual, pudieron manejarla y disminuir el miedo.

Después [de un allanamiento] se iban y transcurría todo normalmente. Estábamos jugando pichanga; se iban ellos y volvían las pichangas. Me acuerdo que había una vez que venían, estábamos jugando un partido de infantiles... jugando a la pelota. Pasó esto, se paró el partido, y después se fueron y volvió todo como a... siguió el partido normalmente sin ningún comentario, nada (E 78).

Sabía lo que estaba pasando. Entonces, más que nada, ellos trataban de tranquilizarme... y hacerlo natural; no que me asustará porque venían, no sé pos, la micro de los carabineros, que fuera natural (E 3).

3. REACCIONES FAMILIARES

En gran medida, la reacción de la familia frente a la presencia represiva estaba condicionada por el grado de involucramiento que se tenía en las acciones de protesta.

Por un lado, cuando la familia o algunos de sus miembros tenían un alto nivel de compromiso político y/o social, el nivel de involucramiento era bastante protagónico. En la mayoría de los casos se participaba de manera directa e intensa en su preparación, teniendo en

algunas situaciones una clara acción conspirativa. Durante la protesta misma la familia era activamente partícipe. En consecuencia, este tipo de familia tendía a conservar sobre el tema de la protesta y la represión, y manifestaba su preocupación por la protección de los niños y niñas. En la medida que eran familias estructuradas, esta preocupación era claramente percibida por los niños y niñas, los cuales eventualmente verbalizaban sus sentimientos al respecto.

Los adultos responsables de los niños y niñas les ofrecían a éstos información relativamente parcial de sus actividades, es decir, articulaban una suerte de silencio selectivo que los jóvenes hoy visualizan como protector. Además, favorecían la incorporación en ellos de normas de seguridad de manera explícita y una identificación con quienes resistían al régimen, aunque evitaban exponerlos a situaciones de peligro.

Por otro lado, las familias que tenían un bajo o nulo nivel de compromiso político y/o social, permanecían en una suerte de estado de alerta frente a lo que ocurría en su población durante las jornadas de protesta. En la medida que tenían una visión más bien positiva de la población, se involucraban en algunas acciones de protesta, sobre todo en la fase más festiva de ésta, o simplemente observaban lo que sucedía. Cuando la represión se hacía presente, especialmente en los momentos de mayor amenaza, una gran parte de estas familias se refugiaban en el hogar. En la medida que la familia tenía una visión negativa de la población, existió un claro aislamiento de lo que estaba ocurriendo en ésta, orientado a negar el suceso y expresando, en algunas oportunidades, signos de descalificación de la acción tanto de los pobladores como de la policía.

De todos modos, la reacción frente a la protesta y a la represión era más bien espontánea. Al parecer, no había normas de seguridad explícitas que hubieren sido transmitidas a los niños y niñas. En algunas ocasiones se les daba algunos consejos muy puntuales respecto a qué hacer frente a una situación específica que estuviera ocurriendo.

En ambos tipos de familia, a medida que la situación se agravaba, comenzaba a generarse en el hogar un ambiente de tensión y alerta. Los niños y niñas eran capaces de percibir el nerviosismo ambiente y el temor de éstos, aunque los adultos trataran de ocultar sus emociones y mantenerse en silencio. Asimismo, cuando había algún miembro de la

familia que asumía algún riesgo, los niños y niñas eran capaces de percibir esta situación, incluso cuando la familia no conversara al respecto.

La estrategia de protección de las familias fue relativamente coincidente. Los niños y niñas eran encerrados y se les daba consejos para tranquilizarlos y protegerlos, con lo cual se evitaba que asumieran riesgos. En general, existía en el hogar un espacio físico al que se consideraba como más seguro, al cual recurrir en caso de necesidad.

Durante las escaramuzas, siempre los niños y niñas contaban con la compañía de un adulto. A medida que se agravaba la acción represiva, la familia tendía a agruparse en la búsqueda de refugio, generalmente un lugar considerado como más seguro, y los adultos se mantenían cerca de los niños y niñas.

Me asustaba y se metía en el baño, porque de hecho cuando tiraban las bombas lacrimógenas, al único lugar que me metían a mí y a mis hermanas, a mis primos, nos metían al baño, que de hecho no se podía respirar. Entonces yo creía que el baño era algo seguro. Pasaba cualquier cosa. Se sentía a la gente en la calle con las ollas, con todo, se me imaginaba o bueno obviamente llegaban los carabineros y tiraban las bombas y todo, pero yo pensaba que el baño era el lugar seguro. Me sentía segura, me ponía a rezar mientras pasaba todo (E 3).

Apagaban todas las luces... se ponían en el pasillo. De pronto, cuando había mucho jaleo con piedra y balas y cuestiones, tiraban unos colchones en el pasillo y dormíamos todos allá (E 71).

En las familias con bajo nivel de estructuración, la percepción de protección por parte de los niños y niñas no era suficientemente clara, pues no todos los adultos se preocupaban explícitamente por su bienestar, lo cual se hacía patente en el caso de que hubiese habido una visión devaluada del padre. Generalmente, se visualizaba a la madre como más pendiente de su seguridad, la cual mantenía un estrecho contacto físico. En caso de que notara que sentían mucho temor, trababa de tranquilizarlos o de distraerlos, y ocultaba sus emociones. En general, se evitaba la verbalización de sentimientos y se articulaban una serie de prohibiciones. Cabe indicar que había niños y niñas de algunas familias de este tipo que escapaban al encierro y lograban una observación y/o

participación más activa del enfrentamiento con las fuerzas represivas.

Con posterioridad al evento represivo, la familia recordaba situaciones pasadas, conversaba sobre lo sucedido y, eventualmente, aconsejaba a los niños y niñas acerca de evitar exponerse a situaciones potencialmente peligrosas.

En las familias estructuradas, la aceptación de los sentimientos que los niños y niñas manifestaban era bastante fluida y se buscaban actividades para su distracción.

En algunas familias con baja estructuración se tendía a no hablar sobre el tema ni a tomar medidas especiales para elaborar los sentimientos que eventualmente pudieran estar viviendo los niños y niñas. Cuando éstos vivían una situación de miedo crónico, las reacciones de los familiares presentaban algunas contradicciones. En algunos casos, junto con la descalificación y la burla, se aceptaban los sentimientos del niño o la niña y se le trataba de dar consejo, distracciones o apoyo religioso.

Ellos se reían de mí. Decían que por qué andaba así, que no fuera gueón, que aquí, que allá, que pa' qué andaba así; tenía que ser alegre, y yo les decía, me ponía a llorar y les contaba, y ahí como que se ponían serios. Bueno, mis hermanos, ya, los dos me ayudaban entre los dos; entre mis dos hermanos, hombre, me ayudaban; trataban de borrarle un poco eso de la mente (E 61).

Cabe indicar que en la elaboración del miedo y la rabia jugaba un importante papel la incorporación de los niños y niñas a programas infantiles y/o deportivos disponibles en la comunidad, ya sea por iniciativa de la familia o como una decisión propia de los niños y niñas.

4. REPRESENTACIONES DE LA INFANCIA, FAMILIA Y POBLACIÓN

La representación de la infancia para los jóvenes que tuvieron familias estructuradas tendió a manifestar situaciones de relativa estabilidad en cuanto a los medios de vida y de autopercepción más bien positiva.

Estos jóvenes sentían que como niños y niñas fueron aceptados con mucho cariño, que tenían una gran cantidad de amigos y relativa autonomía para interactuar en el espacio vecinal cercano, aunque en

algunos momentos la familia, los padres, les imponían un enmarcamiento más bien restrictivo.

Cuando este tipo de niños y niñas tenían familias con un compromiso político y/o social, la sensación de agrado y de integración a la comunidad se oponía a la sensación de confusión y temor vivida frente a la amenaza representada por la represión, y le atribuyen al clima de represión el haber dejado marcas significativas en sus vidas. En tanto que para aquellos niños y niñas cuyas familias no tenían este compromiso, la infancia es representada como una etapa primordialmente alegre, y los únicos elementos negativos se vinculan al entorno principal y al clima de violencia y represión.

Los jóvenes que como niños y niñas tuvieron **familias con bajo nivel de estructuración**, calificaron su infancia como un período ambivalente en el cual se combinaban situaciones contradictorias de alegría y tristeza, de restricciones y permisividad, en medio de una situación familiar marcada básicamente, en la mayor parte de los casos, por la carencia de tipo material y la sensación de abandono esporádico. El enmarcamiento que la familia imponía era contradictorio, lo cual contribuía a percibir la situación como inestable. Debido a esto, la tribución de marcas significativas en la infancia no sólo se atribuyó a la represión sino también, entre otras, a la pobreza, a la separación de los padres y a las tensiones al interior de la familia.

La autopercepción es ambivalente. Junto a la comprensión de sí mismos como alegres, con desplante, autónomos, queridos y acompañados, convive la comprensión contraria: tristes, tímidos, dependientes, poco queridos y solitarios.

Frente al clima de violencia y represión se vivían momentos en que se mezclaban la confusión con la claridad parcial, la sensación de protección con la indefensión, en un ambiente marcado por una relativa inestabilidad.

Cabe indicar que para aquellos niños y niñas cuyas familias tenían bajo nivel de estructuración y, paralelamente, un compromiso político y/o social, la inserción en programas infantiles o comunitarios les permitió tener momentos de satisfacción y alegría que contribuían a equilibrar la visión que tenían de sí, de su familia y del entorno.

En relación con la **representación de la familia** también pudimos constatar que el grado de estructuración que los entrevistados

informaron es una variable importante.

Por una parte, aquellos que integraban **familias estructuradas**, tanto las que tenían un alto nivel de compromiso social y/o político como aquellas que carecían de él, tenían una visión positiva de la interacción que se daba en ellas, y destacaban elementos de unidad y sociabilidad en un contexto de estabilidad y de ausencia de grandes problemas internos o de carencias materiales significativas. Los jóvenes recordaron que durante su infancia no se producían situaciones de maltrato ni de alcoholismo o droga entre sus miembros. Además, había un equilibrio en la valoración que se tenía de la madre y del padre. Ambos eran valorados positivamente y se los visualizaba como cariñosos, cercanos y esforzados. La interacción familiar con el vecindario tampoco presentaba dificultades.

En estas familias, la postura frente al régimen se ubicaba en un rango que iba desde la indiferencia a un compromiso político antidictatorial, pasando por algunas familias que tenían una oposición moderada o pasiva. En general, la familia conversaba sobre el clima de violencia y represión.

Por otra parte, las **familias con bajo nivel de estructuración** enfrentaron, en algunos casos, problemas para la satisfacción de las necesidades básicas, lo cual afectaba la calidad de la interacción entre sus miembros, aunque en momentos de peligro presentaba un alto grado de unidad.

Habiendo una estructura biparental, uno de ellos, generalmente el padre, presentaba una imagen relativamente devaluada, distante y con problemas de comunicación con el resto de la familia.

En el caso de los niños y niñas con **familias con baja estructuración y un compromiso político y/o social**, la madre aparecía como cercana y con una valoración más bien positiva. Ella era visualizada como expresiva respecto de sus emociones, se encontraba medianamente inserta en la dinámica social y manifestaba ser una mujer esforzada y trabajadora. Mientras que la imagen paterna aparecía como más lejana e inexpresiva. Usualmente, el padre se encontraba inserto en la comunidad, y aunque se pudiera reconocer que era esforzado, tendía a haber una mezcla de cuestionamiento y aceptación de su persona.

En el caso de los niños y niñas con **familias con baja estructuración y también un bajo o nulo compromiso político y/o social**,

la familia se caracterizaba por un tipo de interacción calificada como regular o simplemente mala, debido a la existencia de obstáculos que impedían una comunicación fluida. Se reportan momentos de unidad, quiebre y distanciamiento.

La gama de posiciones frente al régimen militar, así como la participación en las protestas, era variada entre este tipo de familias, como también lo era su participación en organizaciones de autoayuda. En general, se tendía a no conversar sobre la situación política del país ni sobre la dinámica organizacional de la comunidad.

La imagen materna aparecía como mucho más cercana y valorada que la paterna. La madre era expresiva, cariñosa, esforzada y sociable; el padre era distante, autoritario, inexpresivo. En algunos casos era alcohólico y agresivo, y en otros no formaba parte del hogar.

Respecto de la **representación de la población** en la infancia, los entrevistados coincidieron en que la población se caracterizaba por fuertes carencias en el plano material, y había muchas personas con necesidades básicas insatisfechas. Frente a esta situación se valoró la cohesión, solidaridad y el alto grado de organización que promovía el compañerismo y la autoayuda.

Si bien era probable que hubiesen algunos problemas de confianza entre los vecinos y algunos problemas vinculados con el alcohol y la droga, básicamente la valoración de la población en la infancia era más bien positiva, y se manifestaba una gran preocupación por la recreación infantil y por la promoción de actividades culturales y deportivas, lo que hizo que hubiera una activa, permanente y atractiva dinámica poblacional.

En general, los jóvenes que provenían de familias con compromiso político y/o social perciben que en la comunidad no se producían situaciones de amenaza interna, sino que la amenaza era externa: la represión. Si bien el miedo afectaba el ambiente comunitario, para ellos la población se caracterizaba por su gran fuerza y su alto dinamismo. A su vez, percibían a la gran mayoría de los vecinos como opositores al régimen, por lo cual mantenían permanentes conversaciones de orden político, algunas de las cuales rescataban la historia oral de la población.

Los jóvenes que provenían de familias con bajo o nulo compromiso político y/o social son los que mayormente destacaron la existencia de peligros internos, como la delincuencia, el alcoholismo y la droga;

algunos de los cuales tenían una visión negativa de la población. De este tipo de jóvenes, aquellos que contaban con una familia con bajo nivel de estructuración en la infancia, son los que pusieron mayor énfasis en la falta de confianza y la inexistencia de historia orales sobre los acontecimientos que hubieran afectado al país.

Resulta interesante constatar que la mayor parte de los niños y niñas pudieron visualizar acciones de solidaridad por parte de sus vecinos; es decir, a pesar de lo difícil que eran las condiciones de vida, los vecinos eran capaces de generar acciones colectivas de autoayuda.

5. LAS CONSECUENCIAS DE HABER VIVIDO EN UN CLIMA DE VIOLENCIA Y REPRESIÓN A NIVEL PERSONAL Y SOCIAL

La mayor parte de los entrevistados percibió **influencias personales** del clima de violencia y represión vivido en la infancia, y en algunos se produjo una relativa sensibilización emocional a medida que se ponían en contacto con sus recuerdos.

En general, vivir bajo dicho clima lo significaron como «el haberse saltado una etapa». Es decir, según su percepción, las condiciones que vivieron en la infancia no fueron normales. Las intensas emociones que vivenciaron constituyeron una suerte de quiebre del modelo de infancia que culturalmente han heredado. A pesar de ello, lo valoraron como un aprendizaje de vida, que ha afectado con algunos elementos positivos su manera de ser, sentir y actuar, como la fortaleza personal y el espíritu solidario; aunque existen algunos jóvenes que visualizaron una suerte de coraza emocional y autocensura, que ellos vincularon como efecto del referido clima.

En el caso de los niños y niñas que tenían familias comprometidas política y/o social, se indicó que los impulsó a una profunda vocación de servicio e identidad de su población. Se consideraron a sí mismos como personas conscientes de su dignidad y solidarios. Si bien en algunos de ellos existe un distanciamiento y cuestionamiento de lo político, se mostraron, en general, preocupados por los acontecimientos actuales, y adoptaron una orientación crítica.

De entre estos jóvenes, aquellos que en su infancia tuvieron una familia con un bajo nivel de estructuración, recuerdan aquella con una sensación de gran dolor y pérdida. Para ellos no fue fácil superar el

clima de amenaza, por lo cual frente a acontecimientos que tensan la vida política del país, algunos manifestaron temor a que este clima pudiera repetirse, y expresaron sentimientos de pena, rabia y amargura.

En el caso de los jóvenes cuyas familias tenían un bajo o nulo compromiso político y/o social, coincidieron en un interés por la dinámica comunitaria y un claro deseo de que la situación vivida en la infancia no se repita.

Aquellos que contaron con familias estructuradas en la infancia tienden a resaltar mayormente elementos positivos como consecuencia del clima de violencia y represión (personalidad, comunidad, etc.); mientras que los que no contaron con ese tipo de familia presentaron una autoimagen muy variada de sí mismos. Algunos expresaron una visión positiva en que destacan la fortaleza, el desplante, una relativa seguridad y temeridad; en otros fue más devaluada, pues se visualizaron como débiles e inseguros. En ambos casos existieron personas que manifestaron tener sentimientos de impotencia y rabia al recordar los momentos vividos.

En torno a las **influencias sociales**, una parte importante de los jóvenes reconoció que se nota una evolución política en el país. Aunque aún existe autocensura en la expresión de opiniones y miedo en sus vecinos. Un grupo menor indicó la existencia de cierta fobia a los militares, aunque en general no hubo mayores descripciones al respecto.

Rabia un poco, no sé, y con los pacos todavía así con alegría Sí, todavía. Sí, con todo lo que sea militar. Vi mucho maltrato. Lo que hacían también en mi población. Tengo un amigo, no lo vi, gracias a Dios que no lo vi, porque si no hubiese quedado más... Tenía sus pies quemados. A ellos les hacían apagar fogatas que pillaban con los pies. Suponte, cuando quedaban cenizas les hacían apagar las fogatas con los pies, con las manos, con los codos quemados, cosas así. Entonces yo no lo vi, pero igual ellos te muestran; pero hacían de todo los pacos... eran terribles (E 50).

Sí, mi personalidad es super agresiva, ¿cacháis? De repente por na'exploto. Igual de repente cuando tú vais a una manifestación y le están pegando a un compañero... sentís... abí es donde me ciego, así me ciego y me voy encima aunque cache que van tres pacos encima mío, igual me ciego, ¿cacháis? Donde digo no, esta guea no puede ser ¿Por qué le estáis

pegando a él? ¿Por qué no me pegáis a mí? Entonces... en ese momento me pongo como super explosivo y yo cabco que debe ser por eso (E 60).

Le tengo cierto odio a todo lo que tenga que ver con los uniformes, con los bototos y todo. De hecho, me arranqué del servicio por lo mismo, porque no estoy ni ahí con los milicos, ni con los pacos, y si pudiera matar unos cuantos, creo que lo haría sin ningún asco; lo haría sin ningún asco, de verdad. De hecho, creo que me alegra cuando matan a un paco... (E59).

Aquellos cuyas familias en su infancia tuvieron un alto compromiso político y/o social, tendieron a pensar que existía en el país un clima de negación del pasado, el cual fue cuestionado como algo negativo. Además, todavía perciben cierto grado de autocensura social respecto de lo político. Debido a esto, su evaluación de la situación política nacional tendió a ser ambivalente; vislumbran rasgos positivos y avances importantes; aún persisten graves problemas de injusticia e inequidad.

Entre este tipo de jóvenes, algunos cuyas familias en la infancia tenían un bajo nivel de estructuración, resaltaron como elemento negativo el hecho de que aquellos que activaron la amenaza que representó el clima de violencia y represión pudieran en cualquier momento reactivarla; es decir, la amenaza permanecería con cierto grado de latencia, y se configura cierta ansiedad por el porvenir en la medida que la situación política se tensa.

Me daba miedo. Todavía me da miedo, porque pienso que... de repente, pienso, ya me va a pasar algo; que me van a pescar los pacos, que me van a pegar, que me van a sacar la cresta, qué sé yo. Puede pasarme cualquier cosa en el momento que menos yo lo espere (E 61).

- Entrevistador: *¿Este tipo de recuerdos no los conversas con nadie?*
- Entrevistada: No, eso es muy personal. Uno nunca está seguro si va a volver a pasar o no.
- Entrevistador: *¿Tú crees que podría volver a pasar?*
- Entrevistada: Como estamos, sí.
- Entrevistador: *¿Sí?*
- Entrevistada: Como estamos, sí. Yo creo que sí, porque se está viendo se están perdiendo armas. Cada vez hay más gente que

sabe utilizar las armas, ya sea pa' robar, pero ya sabe. Entonces sería más penoso ahora de lo que pasó el 73.

- Entrevistador: *¿Más penoso dices tú?*

- Entrevistada: Sí, porque hay más gente; hay más gente que va ir a la lucha (E 58).

6. LA RELACIÓN DE LO JÓVENES CON SUS RECUERDOS DEL CLIMA DE VIOLENCIA Y REPRESIÓN, Y LA VISIÓN ACTUAL QUE TIENEN DE SU POBLACIÓN

Los jóvenes ocasionalmente tienen recuerdos de lo vivido, gatillados por determinadas situaciones, aunque en general no lo conversan con otras personas, pues consideran el recuerdo como algo propio de su intimidad o porque no existen ocasiones para socializarlo.

Como el recuerdo se asocia con algo íntimo, cuando se conversa con otros debe haber condiciones que permitan el diálogo, especialmente un clima de amistad y confianza mutua.

En algunos jóvenes, el recordar los sensibiliza bastante, por lo cual cuando relataron sus recuerdos provocaron cierto control o desconexión emocional con los acontecimientos narrados.

Unos pocos plantearon explícitamente que el olvido no es posible ni deseado. Para ellos, el recordar tiene repercusiones sociales y se liga con un sentido de vida, en el cual la memoria es un tema recurrente.

Yo no quiero olvidar, porque creo que es una etapa que tengo que asumir, por la cosa del miedo, en términos personales; pero además por una cosa social, por una cosa de comunidad, de compartir algo que pasó, y sea cual sea tu opinión frente al tema, tenías que pararte frente a eso no más. O sea, yo no acepto y me cuesta reconocer que no le afectó. Ponte tú que alguien no tenga una pará frente a eso, de cualquier tipo. Pero tampoco acepto que nieguen lo que pasó, porque a mí me parece que hoy día se niega; que hoy día nadie lo asume como un costo del país, sino que se asume como la gente que le pasó no más, y además le cargan el tema de que eb... culpabilizando a la gente. Oye, a ti te pasó porque hiciste tal cosa. Entonces, yo creo que no pos, que es un proceso social que nos hemos saltado todos (E 29).

En relación con la visión actual de la población, existió coincidencia en indicar que si bien se han ido produciendo cambios en la satisfacción de necesidades básicas, aún no se superan problemas relacionados con la pobreza y la calidad de vida. Sin embargo, lo que más tiende a destacarse son los cambios en la dinámica y el espíritu comunitario, particularmente un cuestionamiento al individualismo y la falta de participación. En general, el grado de organización se consideraba bajo; los vecinos se unen esporádicamente, aunque han persistido expresiones culturales y deportivas que activan a la población.

La juventud actual se percibe con bajos niveles de organización y actividad, y con grados de indiferencia frente a la situación política nacional.

Asimismo, se resalta un deterioro en la calidad de vida de la población, pues han aumentado algunos peligros internos como la droga, el alcoholismo y la delincuencia, frente a los cuales la comunidad aparece hoy más pasiva.

CONCLUSIONES

Los entrevistados caracterizaron la represión vivida en la infancia como una amenaza que no provenía ni era instrumentada por los habitantes del país. La amenaza básicamente era externa. Son otros, identificados con las instituciones de la seguridad y la defensa, quienes invadían agresivamente en determinados momentos e infligían daño a ellos y sus vecinos.

Si bien la intensidad del peligro constituido por los actos represivos, al cual los entrevistados se vieron expuestos como niños y niñas, variaba de una población a otra, y de una familia a otra, este peligro tendió a regularizarse. De tal modo que la represión y la reacción frente a ella pasó a ser un rasgo dentro de la configuración sociocultural de los sectores populares, que en el caso concreto de los niños y niñas significó vivir en un medio social cuyas relaciones están marcadas por la vulnerabilidad y el temor.

Dicha vulnerabilidad fue acrecentada por la estrategia de que los eventos más intensos de represión se realizaran sorpresivamente y de noche; es decir, en el momento en que la población se hallaba más indefensa y no tenía posibilidad de reaccionar.

La represión que seguía a la protesta implicaba que en la población la alegría del espectáculo se transformara en la defensa agresiva del enfrentamiento. En otras palabras, en un período relativamente corto se transitaba rápidamente de la alegría a la rabia, por lo cual, para los niños y niñas, la protesta era deseada por lo ritual que había en ella y, al mismo tiempo, temida debido a la posibilidad de los actos de represión que la seguían.

En la trayectoria de la protesta y la represión, los niños y niñas combinaban modos expansivos y constrictivos de ser. Algo que implicaba entretenimiento y expresión era negado violentamente, y se daba paso a una gama muy variada de emociones negativas. Gradualmente, la emoción del miedo iba creciendo de acuerdo con los cambios que se registraban en el ambiente. En los momentos de mayor intensidad en la vivencia del miedo, los niños y las niñas agudizaban su percepción a tal extremo que algunos de ellos se focalizaban exclusivamente en lo que estaba pasando o pudiera llegar a ocurrir.

La situación que comenzaba a producirse se caracterizaba por su incontrolabilidad. No era sólo que ellos no pudieran controlarla, sino que tampoco lo podían hacer los adultos significativos, por lo cual se generaba, en algunos casos, una fuerte sensación de desamparo, lo que conducía simplemente a vivir la angustia de lo que sucedía, que eso pasara rápidamente.

¿En qué medida pudiera afectar una variabilidad de emociones tan acelerada e intensa al proceso de configuración de una personalidad estable y productiva? ¿Qué aprendizajes se generan cuando la impotencia surge como una emoción que limita y aplasta toda posibilidad de hacer algo para transformar el ambiente?

En general, podemos decir que en la mayor parte de los niños y niñas se instalaba una angustia difusa que los hacía estar permanentemente alerta frente alguna señal de peligro, la cual era aliviada, tanto durante como después del hecho represivo, por la cercanía física con otros.

El contacto, la caricia, se constituía en un factor tremendamente importante al momento de aliviar la sensación de soledad e indefensión que provocaba el miedo. Mientras más cercano a un adulto significativo estaba el niño o la niña, mientras más sentía su calor vital, más posibilidad tenía de conjurar el miedo y transitar hacia emociones menos

estresantes. Por esto es que algunas situaciones que son negativas, como el hacinamiento, son vistas por los niños y niñas como algo positivo en los momentos de represión. El estar hacinados significa estar en contacto físico, sentir el calor de la protección como un hecho actual y concreto. Por el contrario, la vulnerabilidad del hogar, ya sea por los materiales de que está construida la casa o porque haya habido invasión de las fuerzas represivas, adquiere un valor negativo en la medida que ha perdido la capacidad de ser refugio afectivo.

Durante y después del acto represivo, la imaginación de los niños y niñas se mantenía activada. En algunos casos, dicha imaginación se mantenía activada; no disfrutaban su presente, sino que construían y reconstruían la amenaza. Especialmente aquellos que vivieron situaciones más extremas quedaban fuertemente conectados con dichas situaciones.

¿Qué papel juega la repetición imaginaria de los hechos? ¿Qué aprendizajes implican las elaboraciones imaginativas de venganza y desquite hecha en la infancia ahora en estos jóvenes? ¿Se condicionaron mentalmente algunos niños y niñas para un desquite futuro?

Sin lugar a dudas, en estas fantasías elaboradas por los niños y niñas hay una clara expresión de la rabia e impotencia que les provocaban los hechos vividos. En este sentido, la fantasía sería una forma de explicitar dicha rabia e impotencia, cuyos efectos futuros pudieran ser múltiples y diversos de un sujeto a otro. Para algunos podría haber tenido un efecto reparador; para otros, un efecto simplemente desestabilizante.

Algunos niños y niñas quedaron profundamente afectados y conectados con el hecho represivo, que distorsionaba algunos elementos de la realidad como si fueran la repetición de los hechos vividos. De algún modo, la imaginación tendía a superponerse a su percepción, lo cual acrecentaba su indefensión.

En suma, para una cantidad importante de niños y niñas, los actos represivos se tradujeron en un hecho traumático, con secuelas similares a las que han sido constatadas en estudios con niños y niñas expuestos a la represión selectiva (familiares torturados, encarcelados o desaparecidos), tales como, reacciones de angustia, fóbicas, obsesivo-compulsivas, depresivas, exacerbación de patologías y alteraciones psicomáticas (Lira, Weistein y Salomovich, 1985-86).

Al igual que los niños y niñas víctimas de represión selectiva, los que fueron expuestos a situaciones de represión masiva presentaron trastornos conductuales (agresividad, irritabilidad, inquietud) y emocionales (llantos, tristezas, miedos). Tal como la señalara Alamo (1995), la persistencia de estos síntomas fue variable.

Por tanto, se comete un error cuando se habla sólo de los aspectos más evidentes que conllevó el régimen dictatorial en Chile. También el clima de violencia y represión en la población general, y en especial en los niños, fue algo muy negativo. Sin embargo, a pesar de que el miedo tendió a prolongarse en el tiempo como una suerte de angustia difusa que implicaba cierto grado de alerta, es interesante expresar que en la actualidad, según lo constatamos en nuestra investigación, la gran mayoría de los entrevistados no se caracteriza como miedoso. Puede ser que en esto haya tenido un rol importante el hecho de que la represión alteraba la cotidianeidad. La protesta y la represión se iban asumiendo como un modo de relación social relativamente permanente. De hecho, se ha escrito que en espacios de guerra, los niños y las niñas, más que los adultos, después de ser expuestos a situaciones negativas normalizan lo anormal, y se genera cierto acostumbramiento.

Dicho acostumbramiento podría haberse facilitado por el hecho de que la represión no siempre se presentó con las mismas dosis de brutalidad. A medida que pasaba el tiempo su presencia se fue haciendo menos devastadora.

Cabe indicar que frente al clima de violencia y represión, la mayor parte de los niños y niñas no tuvieron explicaciones. Si se considera que estaban en el proceso de construir su mundo, se puede sostener que no tenían referentes que les sirvieran para organizar situaciones tan complejas. Congruentemente con esto, la significación que le iban asignando a los hechos estaba condicionada por las significaciones que implícita o explícitamente circulaban en la familia. El niño y la niña incorporaban la visión que la familia tenía en torno a la realidad. Aunque la familia no explicara, daba indicaciones de su modo de ver la situación, lo que constituía una suerte de trasfondo en torno al cual se producían sus conversaciones y relaciones internas. Debido a lo anterior, los niños y niñas incorporaron la esperanza de que la situación podía ser diferente, lo cual daba cierto respiro a la angustia vivida.

La protección de los niños y niñas frente a una situación estresante

es un rasgo cultural en nuestra sociedad. De hecho, constatamos que los eventos represivos se constituyeron en una oportunidad, incluso en las familias con baja estructuración, para expresar la unidad, en la cual la madre asumía el rol protector más destacado. Es decir, los datos confirman lo encontrado en muchos estudios en el sentido de que, en diferentes contextos y situaciones sociales, la mujer y el hombre actúan paradigmáticamente como la cultura lo indica.

Sin embargo, este sentido de protección no significaba que la familia no se tensionara. Por el contrario, los niños y niñas eran capaces de captar, en la mayor parte de los casos, tanto la protección como la tensión familiar, lo cual podría estar relacionado con la agudización perceptiva que éstos adquieren y a la cual ya se hizo alusión.

El modo más usual de tranquilizarlos era la distracción y el consejo. En una buena cantidad de casos se evitaba la verbalización de sentimientos mientras se estaba viviendo el evento represivo, y posteriormente dicho evento quedaba en el anecdotario. De todas maneras, cabe señalar que la verbalización está relacionada con el grado de estructuración familiar, entendida como la definimos en la metodología. Pareciera ser que a mayor estructuración existió una mayor expresión de sentimiento. En este sentido, el grado de alteraciones comunicativas en la familia fue un impedimento para que los niños y niñas pudieran salir de la situación de desamparo y fuerte conexión con el hecho vivido. De esto se deduce que la calidad de la interacción familiar fue un elemento clave para que el niño o la niña sintiera la protección y pudiese elaborar sus emociones, lo cual incide posteriormente en la valoración que él o ella le asigna a su infancia.

Ahora bien, *¿cómo se explica que padres y madres de familias con compromiso político y/o social y bajo nivel de estructuración arriesgaran a sus hijos en actividades conspirativas? ¿Los consideraban más adultos? ¿Estos niños y niñas habían madurado más rápidamente debido al momento de abandono sufrido? ¿Estas familias estaban más afectadas por la situación económica y social, y debían su baja estructuración a dichos efectos?*

Respecto del entorno vecinal, los datos muestran que los eventos represivos movilizaron recursos compensatorios de la comunidad que fueron importantes para equilibrar los efectos emocionales que estos eventos provocaban. A pesar de las condiciones de vida, los vecinos eran capaces de generar acciones colectivas de autoayuda. La represión no

destruyó la comunidad. Si bien introdujo elementos de desconfianza y tensión, los lazos comunitarios permanecieron.

En general, habría existido la sensación de que había que compensar el sufrimiento a través de la distracción. Es así como los entrevistados recordaron la existencia de diversidad de actividades y comunitarias (recreativas, de subsistencia, culturales y deportivas), las cuales habrían jugado un papel clave como una forma de alivio al sufrimiento vivido. Las actividades dirigidas hacia los niños y niñas habrían tenido la función de equilibrar su visión en torno a sí mismos, sus familias y el entorno vecinal.

Al ser el nuestro un estudio retrospectivo, los entrevistados pudieron comparar el prototipo de infancia aprendido culturalmente y la infancia que les tocó vivir. Ellos visualizan en el presente que la represión implicó que «se saltaran» una etapa de la vida. Es decir, reconocen que no pudieron vivir de acuerdo con el modelo de infancia que socioculturalmente han ido incorporando. La represión representó un quiebre, no era algo normal. A pesar de eso, valoraron lo ocurrido en su niñez como un aprendizaje de vida que les hizo adoptar una serie de valores positivos.

En este sentido, la represión fue un evento que produjo marcas de identidad a la mayor parte de los entrevistados, y en la actualidad son capaces de visualizarla como una situación históricamente situada en el pasado.

Se podría pensar, de acuerdo con lo dicho, que se produjo un efecto de positivación del evento disruptivo. Inferimos que esto es así, dado que el vivir situaciones extremas implica tener más tiempo para la introspección, lo que posibilitaría la recreación y utilización de todos aquellos recursos psicosociales para restablecer el equilibrio personal. El «sí mismo» devendría en un permanente objeto de reflexión. Al estar obstaculizada la exploración del entorno, se generarían condiciones para la exploración del «uno mismo».

De hecho, como parte del estudio en que se inserta que artículo, encontramos que el 53.9% de los entrevistados era capaz de resaltar algún aspecto positivo del clima de violencia y represión (el 68.6% de una población intensamente reprimida y el 41.8% de una población difusamente reprimida; el 75.8% que vivió dicho clima con un sentimiento de amenaza intensa, prolongada disruptiva, versus el 54.2%

que lo vivió con sensación de amenaza reactiva y momentánea).

Indudablemente, la posibilidad de rescatar algún efecto positivo permitió elaborar la situación vivida en la perspectiva de que no implicara, como consecuencia, que los entrevistados, como jóvenes, vivieran su existencia de modo constrictivo, a pesar de que algunos de ellos manifestaron cierto temor a que dicha situación pudiera repetirse.

El efecto de positivación en torno al pasado al que nos hemos referido se ubica fundamentalmente en el plano personal. Respecto de lo social, se tiende a reconocer que habría quedado instalada la emoción del miedo, lo cual sería un factor de constrictión que afectaría la organización popular y el proceso de democratización nacional. En este sentido, se habrían dejado de lado la vivencia de ciertos valores colectivos de solidaridad y justicia que caracterizaron el entorno vecinal. Los vecinos serían más individualistas y con menos iniciativas para resolver los problemas que les aquejan.

Es importante constatar que varios entrevistados manifestaron fobia a los militares y carabineros, lo cual indica que para ellos la emoción de rabia permanece sin mayor elaboración. Estos fueron los jóvenes que en su niñez presenciaron o vivieron con mayor intensidad la represión, en la cual las fuerzas policiales y militares se expresaron como agentes de la brutalidad y la humillación. Algunos de ellos relatan que en el momento de reaccionar frente a la presencia policial pierden en cierta medida la racionalidad; la rabia contenida les hace perder la lucidez.

Para otros, las instituciones que realizaron la represión no han cambiado sustantivamente, por lo cual siguen constituyendo un potencial de daño. En este sentido, para algunos, la falta de participación política o de opinión política podría deberse a la necesidad de guardar silencio como medida de seguridad, pues la amenaza se podría reactivar. Estos entrevistados reaccionan con desconfianza frente a lo que sucede a nivel político institucional.

Cabe destacar que el recuerdo de lo vivido está presente en los entrevistados, aunque la mayor parte de ellos prefiere no hablar de ello. Los hechos vividos son significados como íntimos, por lo cual se los sustrae del espacio público.

¿Qué implica este silenciamiento del recuerdo? ¿Es sólo porque se lo considera íntimo, o es que hay cierto temor o desconfianza de socializarlo?

¿Podría considerarse este silenciamiento como un efecto a nivel individual de la llamada política de los consensos, que evita todo aquello que puede ser visto como un elemento alterador de la «tranquilidad» social?

Indudablemente, las estrategias políticas que caracterizan la transición chilena pueden ser un factor del silenciamiento público de los sufrimientos que implicó el régimen militar a nivel masivo. Sin embargo, cabe indicar también que, para algunas personas, el recordar todavía los momentos vividos actualiza algunas emociones que las torna vulnerables; por ello consideran mejor y menos lesivo para su autoimagen situar dichos recuerdos en el espacio íntimo.

Ahora bien *¿cuáles podrían ser los eventuales efectos de dicha situación?* Según Pennenbaker (1993), si los individuos no pueden o no quieren referirse a los hechos negativos, éstos pueden ser una fuente de desestabilización, puesto que al no exteriorizarlos tienen sueños recurrentes, piensan mucho en ellos, aumentan los niveles de violencia y/o los problemas de salud de índole psicossomática. En esta perspectiva, la positivación del recuerdo podría jugar el papel de equilibrar dichos efectos en el sentido de aliviar la desestabilización que implican, y contribuir así a su superación.

Sin negar que efectivamente algunos de los entrevistados pudieran expresar los efectos mencionados, pareciera ser que para una mayor parte el significar los eventos represivos como pasados y situarlos en un período cronológico determinado, ha jugado un importante rol en su reorganización mental. En efecto, a pesar de que muchos de ellos incorporaron modos constrictivos, teniendo pesadillas, fantasías reparadoras y catastróficas, evocación espontánea de imágenes y sentimiento de miedo permanente, así como algunos trastornos conductuales, en la actualidad no expresan la vivencia de tales efectos, salvo la fobia a los uniformados que señalaron algunos entrevistados.

En congruencia con lo anterior, se ha constatado que los cambios que se producen en el contexto histórico contribuyen a una progresiva readecuación de la organización mental de los individuos (Bronfenbrenner, 1979). Por ello, si efectivamente se quiere seguir favoreciendo la construcción de una sociedad sana, es imprescindible seguir en la línea de transformación de los patrones que imperaron en la dictadura. La posibilidad de la expresión pública del recuerdo deviene así en un factor terapéutico a nivel social.

Desgraciadamente, pareciera ser que se ha desatendido el sufrimiento ocasionado por la dictadura a la población general, en especial a los sectores populares, y muy específicamente a los niños y niñas. En la escena pública, el drama de las víctimas de la represión se ha reducido a los familiares de ejecutados y desaparecidos.

Como se ha visto, una parte importante de los niños y niñas de sectores populares que vivieron el clima de violencia y represión también fueron víctimas, pero no existe reconocimiento social al respecto. La represión intensa y masiva que afectó a las comunidades en las cuales vivían significó una situación adversa que tuvo repercusiones importantes en momentos claves de su desarrollo.

BIBLIOGRAFÍA

- ÁLAMO, L. «Estudio exploratorio respecto a las repercusiones psicológicas en niños víctimas de la represión política». En: ÁLAMO y otros: *Infancia y Represión*. Santiago de Chile, Fundación PIDEE, 1995.
- BECKER, D. y WEISTEIN, E. *Derechos Humanos. Todo es según el dolor con que se mira*. Santiago de Chile, ILAS, 1989.
- «La familia frente al miedo. Aspectos psicodinámicos y psicoterapéuticos». En: *Revista Chilena de Psicología*, Vol. 8, N° 1, Santiago de Chile (1985-1986).
- BRONFENBRENNER, V. *The ecology of human development*. Cambridge, Harvard University Press, 1979.
- CODEPU. *Persona, Estado y Poder*. Santiago de Chile, CODEPU, 1989.
- GOLEMAN, D. *Emotional Intelligence*. Estados Unidos, Bantam Books, 1995.
- GUIDANO, V. *Desarrollo de la Terapia Cognitiva Post-Racionalista*. Publicación Ocasional N° 1. Santiago de Chile, Instituto de Terapia Cognitiva, 1995.
- *El sí-mismo en proceso. Hacia una Terapia Cognitiva Posracionalista*. Barcelona, Paidós, 1994.
- INSTITUTO LATINOAMERICANO DE SALUD MENTAL Y DERECHOS HUMANOS. *Trauma psicosocial y adolescentes latinoamericanos. Formas de Acción Grupal*. Santiago de Chile, ILAS, 1994.
- *Represión, Derechos Humanos y Salud Mental*. Santiago de Chile, 1996.